

# HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

No sé por qué desde mi adolescencia veo con admiración a los bancarios (que todavía no se llamaban así). Bueno, sí lo sé. Era por entonces, en un pueblo, la casi única posibilidad de trabajar con la pluma, o sea, de oficinista: el banco..., o las dependencias más aburridas y estáticas –a veces extáticas- del registro de la propiedad o de la oficina de los arbitrios. Teníamos un banco y una banca. Ignoro si entre el uno y la otra existen diferencias de fondo. De funcionamiento, casi diríamos que de folklore, sí que las había.

La banca era negocio individual, propiedad de una dama alta y egregia con autoridad y prestigio en toda la comarca. El establecimiento constaba de una sola dependencia, cuadrada, sin ventanillas ni nada de eso. Había en medio, esto sí, una inmensa mesa que dejaba espacio para la banquera, para el cajero, para el cobrador de letras si no andaba callejeando con el saco de la plata y la calderilla al hombro; y para quien llegara, que más se sentaría en talante de contertulio que de cliente. Yo iba allí con negocios paternos de escasa monto, sospechando que llevaba más trabajo que beneficio, pero me recibían bien. Y parece mentira, aquella mesa fue mi primera tertulia literaria. La banquera y sus hijas -y apoderadas- eran sensibles, cultas, de ideas liberales. Siempre habían leído la novela de actualidad. A veces la banquera dejaba vacío su sitio y era para salir al portal a reñirle a algún cliente incumplidor. En el portal, o dando un breve y disimulante paseo por la ancha acera que mira al jardín público, siempre abastado de ruseñores, ella le reñía al convocado. No le desesperaba. No lo aplastaba. Solamente le reñía un poco.

El banco era otra cosa. Por de pronto, y no me parece casualidad, en vez de al reino de los pájaros daba a la cuadrada geometría de la plaza de la Constitución, luego del Generalísimo. El banco era "una entidad". Nadie le había visto el rostro a su dueño (como en un poema de Gamoneda). Contaba con dos o tres ventanillas que a veces atendía un mismo funcionario, pasando de una a otra. Cuando el funcionario no tenía otra cosa que hacer, contribuía a desahogar los gastos generales recuperando sobre usados, o sea a darles la vuelta, para utilizarlos otra vez, expediente relegado en la actualidad a algunas monjas de clausura. Las ventanillas fueron anónimas hasta un día en que las rotularon con letreros de cristal y caracteres dorados. En una pusieron "Pagos" y en la otra "Cobros", y todavía dura la polémica de si el cliente tiene que pagar en la primera y cobrar en la segunda, o si es al revés,

porque lo válido sea el punto de mira del que está en la parte de dentro.

Sí, hoy me ha dado por recordar con nostalgia a aquellos bancarios. Es porque he encontrado a uno de ellos, tranquilo en su jubilación. Bueno, tranquilo no: demasiadas noches se desvela con el sobresalto de que la cuenta no cuadra, siempre esas dos pesetas que le faltan a un cajero y que se sacaría tan contento del propio bolsillo, si se lo dejaran hacer. Y sobre todo, esa pequeña envidia hacia sus compañeros de ahora, porque él no ha salido jamás en los periódicos, él no tiene un triste atraco que llevarse al recuerdo.

(Pienso en un taxista de La Bañeza, que me lloraba casi porque nunca, en su larga vida profesional, se le había subido un cliente urgiendo -como en las películas-: "De prisa, siga usted a ese coche")

ANTONIO Zarco expone en nuestra sala Provincia. Él sabe bien, y lo manifiesta, que "la pintura es un arte para ser visto más que para ser dicho". Lo cual no obsta para que él mismo recurra a las frases elucidatorias. Porque en principio fue la palabra. Y después del principio, también.

"En mi concepto -escribe- la pintura no representativa ha dado ya de sí cuanto podía dar. Ha sido una experiencia necesaria y útil porque ha deshecho muchos tópicos y ha liberado mucho la pintura. Pero en el fondo ha intentado prescindir del elemento primordial, no sólo de la pintura, sino de cualquier manifestación espiritual: Del hombre. Entonces se observa actualmente en todo el arte una vuelta hacia esta humanización".

Yo me declaro de acuerdo, y no sólo para los creadores del pincel, sino también para los de la pluma, el buril o el pentagrama. y aún voy más allá que Zarco, cuando él sospecha que "un cierto nivel de la sociedad pensará que se van a volver a pintar las peras con brillo -lo cual no sería un encuentro sino un retroceso-"; porque pienso que sí, que las peras volverán a pintarse exactas y casi casi comestibles, y luego otra vez a renegar del realismo, y dale que dale de un lado para otro, de la frialdad del mármol al hervor anarquista, de la anarquía a la disciplina, de la forma al fondo, del fondo a la forma, y así, y asá, el pén-du-lo, la única previsión segura en esta búsqueda eterna (gloriosa y aburrida) que es el arte.

DON Enrique Montañés sabe escribir. Pero lo que habla es tan bueno, o mejor, que lo que escribe. Si en alguna ocasión está uno a favor del magnetófono como

herramienta de la creación literaria, pienso que nunca como aquí, a la vera de este narrador innato. Buen escudriñador del mundo y de sus pobladores, entreverando la seriedad y el gracejo, los relatos orales de don Enrique están pidiendo la mayor permanencia de lo impreso. Y cuando esto se alcanza, leemos sus páginas con el regusto de lo bueno... y escaso.

Por ejemplo, estos "Recuerdos y añoranzas de un médico viejo", por los caminos del Bierzo más fronterizo con Galicia. Hay en tales páginas una interpretación geográfica e histórica de Villafranca, puntual de datos exactos pero también abierta a querenciosas subjetividades. Mas lo fuerte, y lo ancho, y lo hondo del tema, trepa montes arriba a la búsqueda de las mínimas poblaciones de la cabaña, el hórreo, la palloza... Y, sobre todo, hacia el hombre que las habita. De su quehacer profesional por aquellas breñas, podría don Enrique rescatar un buen abanico de cosas y de casos. Uno piensa, con su cuenta y razón, en los "Retazos de la vida de un médico", del genial portugués Fernando Namora. Montañés tiene la palabra.

Falta detallar, por lealtad informativa, que el buen trabajo bercianista aparece en una nave de singladura un tanto azarosa, pues ya en la portada indica "Nuestra revista, secuestrada". La tal portada tira a roja en el color. Pero más que roja "de los rojos", me parece roja de boina carlista,